Clásicos al día Ensayos sobre la sociedad del XVIII en la que la adulación sirve para ascender

El arte de ser del trepa

Paul Henri Thiry, barón de Holbach
El arte de trepar a la usanza de los cortesanos y otros ensayos
Edición y traducción de Jaime Rosal

SD EDICIONS
728 PÁGINAS
12 EUROS

ADA CASTELLS

No es difícil imaginar al barón de Holbach, con capa elegante, decaído en un silloncito, en su salón parisino situado cerca del Louvre, conversando con cierta malicia con sus amigos Diderot, Le Mettrie, Leclerc o recibiendo la visita anunciada de Adam Smith, Laurence Stern y David Hume y, entre todos, sin saberlo, ir construyendo el Pensamiento Racionalista. Sería todo un placer colarse en los encuentros de estos filósofos de mediados del siglo XVIII y atacar con ellos el *anciene régime*, pero a falta de máquina del tiempo, nos tendremos que conformar con sus libros. En esta pequeña recopilación de ensayos, el barón nos va señalando los vicios de una sociedad marcada por la opulencia de unos pocos que han llegado a la cima por la vía de la adulación.

El libro se ha titulado con acierto *El arte de trepar a la usanza de los cortesanos y otros ensayos*, pero el artículo que destacaría más es *Apología del aburrimiento y de los aburridos*, precisamente por su capacidad de divertirnos. Con la ironía bien afilada, el barón nos brinda un elogio de los pelmas, porque es gracias al aburrimiento que por el mundo proliferan los filósofos, los novelistas y, sobre todo, las chicas de la Ópera. Y es que sin el aburrimiento todos se quedarían en casa y desaparecerían las conversaciones, los cotilleos y los naipes. París se convertiría en un desierto "poblado de búhos".

Luis XVI de Francia se despide de su familia antes de ser ejecutado en 1793 durante la Revolución Francesa
GETTY IMAGES

El otro gran artículo de la recopilación es el dedicado a los cortesanos parasitarios. En el prólogo Jaime Rosal, encargado de la edición del libro, nos recomienda que sustituyamos la palabra cortesano por político. Naturalmente políticos –y cortesanos– hay de muchos tipos, pero se entiende que aquí nos referimos a los de tipo trepa, baboso, adulador e hipócrita. Entre sus consejos, el autor advierte que desde su más tierna infancia el cortesano debe aprender a dominar su fisonomía para no delatar nunca sus impulsos secretos. Es un ser que no tiene opinión más allá de la de su amo, y que aparenta franqueza y cariño ante quienes más detesta.

El barón aprovecha para hacer gala de su anticristianismo y remarca que si el espíritu del Evangelio es la humildad, y los cortesanos llevan este precepto al pie de la letra, no es extraño que sean ensalzados. Para quedarnos con un mejor sabor, he aquí la definición de vivir que nos ofrece el autor en su artículo dedicado a la Humanidad: "Vivir es actuar; disfrutar, gozar del placer de ser amado; hacer felices a los demás, devolviéndoles la alegría, a fin de sentirse satisfecho uno mismo". Pues eso, *malgré tout*.

Perfil Injustamente ocultada, Lluïsa Vidal fue una notable y dedicada pintora de principios de siglo cuyos cuadros se hacen pasar por los de Casas

Una pintora con agallas

Consol Oltra Esteve
Lluïsa Vidal, la mirada d'una dona, l'empremta d'una artista

SALVATELLA EDITORIAL
218 PÁGINAS
35 EUROS

CARLES BARBA

Lluïsa Vidal no figura en el libro *Amazonas con pincel* de Victoria Combalía, pero merecería estar. El historiador Francesc Fontbona considera que no desmerece al lado de otros artistas del segundo modernismo catalán, como Ricard Canals o Pere Ysern. Y sin embargo, en cuanto murió en 1918 a los 42 años –a causa de la pandemia de gripe que también se llevó a Klimt o Schiele– Lluïsa Vidal desapareció del candelero, y hasta el 2002 no se la ha recuperado seriamente, gracias a una exposición por comarcas de la Fundación la Caixa. La estudiosa Consol Oltra vió aquella muestra en Vic y, subyugada por sus piezas, ha dedicado diez años a reevaluar a esta singular creadora, cuyo padre Francesc Vidal fue uno de los mejores ebanistas del modernismo, y cuyas hermanas se aparejaron con distinguidos personajes de la época (Julia, con el crítico Manuel de Montoliu; la violoncelista Frasquita, con Pau Casals; y Teresa, con el escenógrafo Oleguer Junyent).

La investigación de Consol Oltra nos sumerge de lleno en la efervescente Barcelona finisecular, y en la dinámica sociedad civil que transformó su tejido urbano. Los Vidal Puig se insertaron dentro de esta burguesía emprenedora, y el patriarca, Francesc, contribuyó desde sus obradores a amueblar sus viviendas, al punto que Gaudí, refiriéndose a sus butacas, decía: "Vidal ha ensenyat a seure als senyors de Barcelona". Lluïsa fue la segunda de una familia de doce hermanos (¡diez chicas!) a los que apodaban "ca els quinze". El padre manifestó celo en que sus hijas aprendieran a valerse por sí mismas (en lugar de cazar maridos) y apoyó enseguida las inclinaciones plásticas de Lluïsa. Se la llevó a Madrid, y en El Prado, gracias a la amistad con el director Federico de Madrazo, la joven pudo copiar a placer a Velázquez. Francesc Vidal la puso también en contacto con el pintor iluminista sitgeano Arcadi Mas i Fondevila, y a partir de 1897 los Vidal sustituyeron los veranos en Vic por las playas de Subur. En 1901 la joven tuvo las agallas de mudarse por su cuenta a París ("Prenez garde!", la prevenía por cartas su tutor mossén Collell),

Periodismo

El viejo Nuevo Periodismo

Marc Weingarten
La banda que escribía torcido
Traducción de Stephen Marchand Fernández

LIBROS DEL K.O.
550 PÁGINAS
23,95 EUROS

LLÀTZER MOIX

A principios de los años setenta, la prensa más *trendy* en la Facultad de Ciencias de la Información de la UAB era la clandestina, editada por el PSUC y demás partidos de inspiración marxista. Se trataba de una prensa necesaria, pero con un ámbito de intereses limitado; bastante imprecisa a la hora de hacer previsiones (llevaba años anunciando la inminente caída del franquismo, seguida del amanecer rojo); y ajena, por no decir opuesta, a revoluciones alternativas como la contracultural. Por este y otros motivos, la publicación en España de títulos de Tom Wolfe como *El coqueto aerodinámico rocanrol color caramelo de ron* (Tusquets, 1972) o *La izquierda exquisita* & *Mau-mauando al parachoques* (Anagrama, 1973) constituyó una revelación para algunos estudiantes. Eran la prueba fehaciente de que había otros mundos que contar y otra manera de contarlos. Además de Wolfe, aquella revolución periodística nos acercaba a otros autores entonces jóvenes como Jimmy Breslin, Gay Talese, Hunter S. Thompson, Joan Didion, John Sack o Michael Herr,

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can 1.877.880.4060 Intern. 800.6264.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

Lluïsa Vidal, de extraordinaria personalidad y gran dedicación a la pintura, fotografiada en su taller en el año 1904. A la derecha, dos óleos de su firma: un retrato de su hermana Maria Vidal y una escena en el que una niña aprende a hacer puntilla ('Aprenent boixets' o 'La puntaire de Blanes')

y allí se saturó del Louvre, aprendió con Eugène Carrière y descubrió a los impresionistas. De vuelta a Catalunya al cabo de año y medio, estaba lista para desarrollar su propio lenguaje pictórico.

De todo esto nos entera el estudio de Consol Oltra, quien resalta dos hechos interconectados de su trayectoria: su preferencia por retratos de personas de su mismo sexo y por escenas de género protagonizadas por féminas (haciendo bolillos, tocando el piano, cosiendo, o haciendo la colada); y su trato temprano con las primeras feministas catalanas coetáneas: Dolors Monserdà, Carme Karr, Francesca Bonnemaison, Margarita Xirgu o Caterina Albert (a todas las pintó). Su carrera despegó enseguida: expuso en la sala Parés varias veces (y Raimon Casellas se deshizo en elogios), y se volcó también como ilustradora literaria, publicando sus carboncillos y sanguinas en *Feminal* o *La Ilustració Catalana*. Lluïsa además tenía vocación pedagógica, y en 1911 alquiló el estudio que había sido de Nonell, y abrió una academia femenina en la que dió clases de pintura al óleo y dibujo del natural. Consol Oltra en ningún momento la emparenta con artistas francesas de la época, pero a la vista de sus escenas de género, es inevitable acordarse de Mary Cassatt, Berthe Morisot o incluso Suzanne Valadon: destila un parecido intimismo suave y tierno, reflejo de un momento de tranquila felicidad.

Oltra retrata el ciclo de bonanza de la vida catalana y europea interrumpido por la guerra y las epidemias

Lamentablemente a Lluïsa Vidal la fortuna en su madurez le fue contraria, y acabó por truncar su vida a los 42 años. La viruela se llevó a su hermana Carlota; su padre se trastornó, y el negocio se fue a la ruina. Casellas se suicidó, y amistades de los Vidal como la también pintora Pepita Teixidor o el compositor Enrique Granados murieron inesperadamente. Oltra, por tanto, rescata no sólo a una pintora algunas de cuyas pinturas han sido hechas pasar por un Ramon Casas: recupera un ciclo de bonanza de la vida catalana y europea a la que la Gran Guerra y las epidemias dieron un brusco colofón.

e incluso otros mayores como Norman Mailer.

Marc Weingarten acaba de publicar *La banda que escribía torcido*. En su opinión, los años 60 engendraron convulsiones sociales (relacionadas con el rock, la guerra, la contracultura o la liberación de la mujer) que exigían una nueva herramienta narrativa. Añadan a esto la ambición literaria de aquellos escritores, un deseo de aplicar los recursos novelísticos a la no ficción o la etérea sensación de que un nuevo orden –o desorden– social era posible, y ya tendrán todas las semillas de las que nació el Nuevo Periodismo. Al decir de Weingarten, esta corriente alumbró la mejor generación de escritores norteamericanos desde los años 20. Ahora bien, el suyo fue un reinado breve, como la propia primavera contracultural: apenas un decenio, tras el cual empezaría a cuajar otra revolución mejor pertrechada y destinada a triunfar, la que alentaba el consumo, el espectáculo, la codicia o el culto al cuerpo.

Lo que hace Weingarten en su libro, siguiendo por cierto un método de trabajo más clásico que neoperiodístico, es rastrear los momentos fundacionales del movimiento. O sea, la formación de las redacciones, la emergencia de las estrellas del género, el modo en que prepararon sus reportajes más celebrados y la paulatina adquisición de una voz propia. Así asistimos a los primeros pasos por Nueva York de Tom Wolfe, ya vestido de blanco y husmeando entre Leonard Bernstein y los Panteras Negros; redescubrimos a figuras como Clay Felker, que desde la dirección de *Esquire* o *New York* impulsó a todo el grupo; sabemos de la personalidad excesiva y comprometida de Jimmy Breslin; nos conmovemos ante el coraje y la entrega de Michael Herr u otros neoperiodistas que eligieron el incómodo escenario de Vietnam; o casi nos montamos en el Chevrolet rojo descapotable del peculiar periodista Raoul Duke, álter ego de Hunter S. Thompson, en el trepidante arranque de *Miedo y asco en Las Vegas*: "Estábamos cerca de Barstow, muy cerca del desierto, cuando empezaron a hacer efecto las drogas (...) De pronto hubo un estruendo terrible a nuestro alrededor y el cielo se llenó de lo que parecían vampiros inmensos, todos haciendo pasadas y chillando y lanzándose en picado alrededor del coche, que iba a unos ciento sesenta por hora, la capota bajada, rumbo a Las Vegas".

Hunter S. Thompson y Tom Wolfe juntos en 1996 KMAZUR / GETTY

Enseguida se vería que la velocidad de aquellos años era insostenible, tanto en la carretera post-beat como en la Casa Blanca. Al Kennedy de la nueva frontera le sucedió el Johnson de la escalada vietnamita, y a éste, el Nixon tramposo, carne de *impeachment*. La llegada de magnates como Murdoch, que desbarataron revistas de referencia, hizo el resto. El Nuevo Periodismo iba a dejar una estela duradera, pero a mediados de los setenta recibió una patada hacia arriba. Hoy ya es historia: la historia que cuenta este interesante libro.

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can 1.877.880.4060 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW